

# El arte de patear calle

## *Gajes del oficio reporteril en siete estampas*

DANIEL SALINAS BASAVE

(México)

### Monterrey, 25 de mayo de 1998.

El charco de sangre donde yace el hombre de las botas vaqueras se expande lentamente por el estacionamiento del restaurante. El sol del mediodía cae rudo y sin misericordia sobre el pavimento regio y el rojo fluido no deja de manar del cuerpo. Hace apenas unos minutos, estando en la sala de prensa del Ayuntamiento, escuchamos las detonaciones y aunque ninguno de los reporteros ahí congregados tenemos experiencia en armas automáticas, sabemos al instante que aquello no son cohetes. Bajamos corriendo las escaleras de Palacio Municipal, cruzamos la avenida Zuazua y al llegar a la entrada del Rey del Cabrito encontramos al hombre con los brazos extendidos, yaciente en el charco rojo. Con mi vieja cámara Minolta de medio uso tomo por vez primera en mi vida la foto de un ejecutado. Se llama Armando Márquez Hernández, comerciante tamaulipeco. Tengo 24 años recién cumplidos y aunque he visto a no pocas víctimas de accidentes, esta es la primera vez que estoy frente a un cuerpo perforado por los proyectiles de una ametralladora. Será el primero de muchos que veré en las próximas dos décadas, pero en ese momento ni siquiera intuyo el infierno que irrumpirá. En 1998 soy reportero en el periódico El Norte y una ejecución en Monterrey aún merece primera plana y varios días de seguimiento. La narcoviolencia es asunto de otros lares, de la frontera noroccidental donde el periodismo es oficio de kamikazes.

Las noticias que nos llegan de esos rumbos son escalofriantes. Casi un año antes, el 15 de julio de 1997, un periodista de 29 años llamado Benjamín Flores, fue acribillado con cuerno de chivo a las puertas de la redacción de La Prensa, el diario que

dirigía en San Luis Río Colorado. Poco después, el 27 de noviembre, fuimos sacudidos por la noticia del atentado contra Jesús Blancornelas, director del semanario Zeta en Tijuana. Allá el periodismo es un ritual de tinta y sangre, de papel y plomo, muy diferente a mi regia rutina. En ese momento ignoro que un año después voy a mudarme de ciudad y de periódico y que en mayo de 1999 estaré reportando en las calles tijuanaenses donde me aguardan algunas emociones fuertes.

## **Tijuana 23 de junio de 2004**

Es casi media noche y el cuerpo de Francisco Ortiz Franco, subdirector del semanario Zeta, acaba de llegar a Funerales del Río. Cuatro balazos disparó un sicario en el pecho y cabeza de Franco cuando abordaba su automóvil en compañía de sus dos hijos pequeños. El crimen ocurre a dos cuadras de la Procuraduría de Justicia. La radio frecuencia policial arde. El asesinato ocurre en plena campaña a la alcaldía de Tijuana y aunque la lógica apunta al Cártel Arellano Félix, Zeta no duda en señalar también al candidato priista, Jorge Hank Rhon, como uno de los sospechosos. Apoyado por la Sociedad Interamericana de Prensa, Ortiz Franco pugnaba por la reapertura del caso de Héctor Félix Miranda, codirector del semanario, asesinado el 20 de abril de 1988 por el jefe de escoltas de Hank Rhon, Antonio Vera Palestina. Desde entonces, Gato Félix le habla cada viernes al presunto autor intelectual de su asesinato desde una página negra: Jorge Hank Rhon ¿por qué me asesinó tu guardaespaldas Antonio Vera Palestina? La idea de un periodista muerto que le habla desde ultratumba a su victimario inspirará mi primera novela, Vientos de Santana Ana.

En aquel 2004 mi vida ha cambiado. Sumo un lustro viviendo en Tijuana como reportero del periódico Frontera a donde fui invitado a trabajar desde su fundación. La vida ha sido un tren bala en esos cinco años, infinitamente más intensa de lo que era en Monterrey. Para entonces he caminado por la Zona Cero de Nueva York en septiembre de 2001, recorrido el desierto de Arizona y cubierto decenas de hechos violentos en las calles tijuanaenses, aunque nunca hasta esa noche de junio había estado en el funeral de un periodista asesinado.

Un reportero enviado desde Monterrey por Milenio hace su arribo al funeral. Bebemos un café negrísimo y charlamos. Se llama Diego Osorno. En algún momen-

to salgo del funeral y corro al Cecut donde mi maestro tampiqueño Rafael Ramírez Heredia está terminando de presentar su novela La Mara. Alcanzo a darle un abrazo. Nunca más volveré a verlo.

## Tijuana, 18 de abril de 2007

Las detonaciones de armas largas se escuchan entre el retumbar de la hélice del helicóptero que sobrevuela el techo del Hospital General de Tijuana. Más de 500 soldados y policías tienen sitiado el nosocomio donde un comando de sicarios del Cártel Arellano Félix se ha atrincherado luego de intentar rescatar a dos compañeros heridos en una balacera. El hospital donde Luis Donaldo Colosio fue declarado muerto trece años atrás se ha transformado en un campo de batalla. El estado de sitio se prolonga por más de seis horas. A unos metros de ahí tomo notas para Frontera y hago un enlace en vivo para Radio 13. En mis años de reporteo en Tijuana he visto no poca sangre, pero nunca hasta ese abril había estado en medio de un fuego cruzado de semejante magnitud. Esa primavera cumpla diez años como reportero y los tiempos más violentos de la historia de Tijuana están comenzando.

Recordaremos el 2008 como el año en que el chaleco antibalas se transforma en una herramienta de trabajo necesaria para reportear en las calles de la ciudad. La escalada violenta llega a tal nivel, que la subdirección editorial del periódico solicita la compra de tres chalecos para los reporteros policíacos.

A la batalla del nosocomio seguiría el combate de la llamada Casa de la Cúpula, el 17 de enero de 2008. Pecho tierra, ocultos bajo los carros, fotógrafos y camarógrafos captan la tempestad de plomo. Un comando de encapuchados dispara desde el techo de una casona a los cientos de policías que los rodean. Arriesgando sus vidas, mis colegas Omar Martínez y Tizoc Santibáñez alcanzan a fotografiar el momento en que los niños de un kínder son evacuados por los soldados. A la balacera de la cúpula seguirán los violentos motines de la Penitenciaría.

Condenada por la cartografía, Tijuana ha sido y será siempre una plaza codiciada por el crimen organizado. Casi cualquier forma de negocio ilícito encuentra en esta ciudad las condiciones ideales para florecer, sin embargo, la ola criminal vivida a partir de 2007 convierte las calles en trincheras. Una guerra interna en el cártel

entre la sanguinaria célula de Teodoro García Simental y la de Fernando Sánchez Arellano “El Ingeniero” desencadena la era más gore en la historia tijuanaense. En orden de prioridades para un reportero, el chaleco antibalas es más importante que la cámara o la grabadora.

## Los Mochis, 15 de noviembre de 2013

Cae la tarde sobre la Plazuela 27 de septiembre en Los Mochis a cuya feria del libro he sido invitado. Hace tres años he dejado de reportear para apostar por un proyecto de escritura de largo aliento y hoy he venido al Valle del Fuerte a presentar mi tercer libro.

Aguardo la llegada del periodista que me acompañará a presentar *La liturgia del Tigre Blanco*, quien viene viajando por carretera desde Culiacán. Es un colega cuyo trabajo conozco y admiro y a quien hasta esa tarde nunca he tenido la oportunidad de saludar en persona. Mi presentador hace su arribo. Lleva una camisa de cuadros verdes y blancos, luce una barba de candado entrecana, un sombrero blanco y lentes. Su sonrisa es franca, desinhibida, brutalmente honesta.

- “Qué onda vato, está chingón tu libro”, me saluda el recién llegado quien se llama Javier Valdez Cárdenas y es fundador del semanario Ríoococe. Hay veladas destinadas a no olvidarse y la de Mochis es una de ellas. Gran conversador, con un don natural para contar historias, bohemio y dicharachero como él solo, Javier nos hechiza a todos. Nos acompañan los escritores Yuri Herrera y Antonio Ramos Revillas. La charla y las cervezas son un río que no deja de fluir.

Exactamente un año después vuelvo a coincidir con Javier, ahora en Baja California Sur. Él acude a presentar su nuevo libro, *Con una granada en la boca*. El Instituto Sudcaliforniano de Cultura nos organiza una charla sobre periodismo y violencia en el quiosco del Jardín Velasco en el centro de La Paz. Es un acto espontáneo, sin protocolo, con auténtica vocación de ágora en donde decenas de papeños levantan la mano para expresarse. Son tiempos hostiles para el periodismo y los colegas reporteros mueren por decenas. La noticia del asesinato de un periodista entra a formar parte del redundante teatro del horror nacional. En los tiempos en que mataron a Manuel Buendía o al Gato Félix la noticia de la muerte de un colega

indignaba al país. Hoy ya ni siquiera molesta o sorprende y está condenada a ser nota de interiores.

Al escucharlo conversar no puedo menos que admirar la fortaleza de Javier y su vocación de reportero partisano, su aferrado compromiso con el oficio, pero sobre todo su sencillez tan norteña, su trato tan franco. Ha caído la noche en La Paz y la charla ha sido como la brisa del Mar de Cortés.

## Culiacán, 15 de mayo de 2017

La noticia me toma por asalto al medio día por un post Carlos René Padilla y tiene el efecto de una cuchillada. Han acribillado a Javier Valdez en una calle de Culiacán. Cuando veo la foto del sombrero ensangrentado simplemente me derrumbo por dentro. No sé si la tristeza es más fuerte que la rabia o la impotencia o las ganas de pegarle a la pared y gritar que esta tierra y este oficio se están desangrando, que en este infierno estamos ardiendo todos, que hoy estamos a merced de los cobardes que acribillaron a Javier por la espalda. La primavera no puede ser más triste. Hace apenas 42 días, al regresar de Ciudad Juárez, recibí la noticia de la repentina muerte de Sergio González Rodríguez. Hoy siento una suerte de orfandad en el oficio.

Javier puso nombre y rostro a quienes en la guerra son estadística. Contó la historia de los que están condenados a ser nota roja de cuatro párrafos y reflejó en la mejor narrativa el alma de la carne de cañón. Sergio buceó en las profundidades ontológicas y culturales de este baño de sangre y buscó desnudar su mórbida psique y su pulsión ritual. Sin ellos el oficio es huérfano.

La muerte otra vez está de parranda en Baja California. Al momento de escribir estos párrafos se han cometido tan solo en Tijuana más de 530 homicidios en lo que va de 2017 y en 2016 se cometieron más de mil. Ya no hay combates ni fuegos cruzados en céntricas avenidas, pero las cabezas y los cuerpos desmembrados no dejan de aparecer en baldíos mientras la autoridad mira para otro lado.

En 2017 han asesinado a los colegas periodistas Cecilio Pineda, Ricardo Monlui, Miroslava Breach, Maximino Rodríguez, Filiberto Álvarez y Javier Valdez y en lo que va del Siglo XXI han matado a más de un centenar.

Reparo entonces en que en mayo del 17 se cumplen 20 años de mis primeros pasos como reportero en Monterrey y pienso en los mil y un colegas con los que he compartido un trecho del camino y en los que se han quedado a un lado de la vereda, acuchillados por las malquerencias del oficio. Las balas matan, pero también la pobreza, la salud devastada y la sensación de estar arando en el mar. Imagino a los miles de jóvenes que este año debutan como reporteros y pienso en ese canijo y adictivo afán que con todo en contra se renueva. Ese aferre tan nuestro por salir a patear las calles y contar una historia.

## **Tijuana BC. 21 de febrero de 2022**

Nada tan brutalmente honesto como la tristeza y la rabia. Imposible maquillarlas o fingirlas. Eso es lo que nos queda por herencia tras el cobarde asesinato de Margarito Martínez Esquivel. Si algo queda claro, es que lo del pleito vecinal y la muerte al calor de una discusión es una burda cortina. A Margarito lo ejecutaron. Sus asesinos salieron a cazarlo y lo hicieron por la espalda.

Hoy, después de muchísimos años, volví a ver a muchos colegas del gremio periodístico tijuanaense cuando decenas de veladoras alumbraron el anochecer en recuerdo de Margarito. Hoy simplemente sentí el impulso de salir a la calle y ser parte de este sencillo homenaje. Aunque llevo algunos años fuera del trajín de la nota diaria, creo que uno se siente reportero hasta el último día de su vida y bueno... tampoco descarto volver.

Hay muchos colegas de la guardia vieja que se mantienen en pie después de tres décadas de patear calle y arar en el mar, pero también hay muchos jóvenes a los que no conozco. El oficio y las reglas del juego han cambiado muchísimo, pero hay una esencia que se mantiene terca como roca frente al mar. El universo de los reporteros es variopinto y heterogéneo, un mundo sui géneris surcado por improbables causas y azares en donde hay contrastantes vocaciones e historias de vida, pero aún dentro de nuestras diferencias, creo que hoy a todos nos hermana el coraje y la desolación que sentimos ante el asesinato de un colega leal y honesto. Margarito era la esencia de la trinchera y si en algo estamos todos de acuerdo, es en que siempre fue de una pieza, un cabrón trabajador y sacrificado como pocos. Hay mucho de quijotesco en alguien que empeña las madrugadas de su vida en ir al corazón de las tinieblas a reportear la

nota policiaca en una de las ciudades más violentas del mundo. Sí, es fácil estereotipar y encasillar al reportero policiaco como un tipo oscuro sumergido en el humo de pantanos prostibularios y cantinas malamuerteras, pero Margarito hasta en eso rompía el molde y el cliché, pues era un hombre de familia, dedicado a su esposa e hija y por si fuera poco abstemio. En un entorno donde no faltan los egos y los celos, el 4-4 compartía, ayudaba y hacía labor de equipo. Hoy volví a ver al gremio periodístico tijuanaense y pude palpar su desolación y su rabia. Insisto: esto no se maquilla ni se finge y la Fiscalía tendrá que ofrecer algo más que la burda hipótesis del zipizape entre vecinos. En verdad espero que así lo entienda y lo dimensione el nuevo fiscal que esta semana debuta en el cargo. Para empezar, Iván Carpio y su equipo tendrán que afinar muy bien la lupa en torno a todas esas paginuchas que difunden hechos delictivos y que, por su lenguaje y manejo de la información, queda muy claro que no se trata ni se ha tratado nunca de proyectos periodísticos. El que quiera entender que entienda: atrás de toda la pestilente mierda de esos autoproclamados comunicadores hay intereses criminales. Hubo un tiempo, hace muchísimos años, en que la muerte de un periodista era noticia nacional. Hoy, que tenemos el “honor” de ser el país del mundo donde más periodistas son asesinados, la muerte de un colega se vuelve polvo en el viento, ritual de lo habitual, noticia breve en la página ocho. Eso no será el caso de Margarito. No lo permitiremos. Esta sangre no se derramó en vano. Muy oscuro está el cielo, pero hay velas aferradas a brillar en la tormenta.

## Tijuana B.C. 25 de enero de 2022

Lourdes Maldonado fue la última en tomar el micrófono durante la vigilia en homenaje a Margarito en la glorieta de las Tijeras. Ante las veladoras encendidas, su propuesta fue honrar al colega cada 17 de enero otorgando el premio “Margarito Martínez Esquivel” al fotoperiodista tijuanaense que logre la mejor o más oportuna foto policiaca del año. Al momento de tomar la palabra a Lourdes le quedaban menos de 48 horas de vida. Sin saberlo, era el último acto público de su vida, su despedida ante el gremio. Los mismos reporteros que la escuchaban esa noche estarían dos días después cubriendo la noticia de su cobarde asesinato frente a las puertas de su casa. Una pregunta fatal impregna el aire: ¿quién sigue?

2- A Margarito y a Lourdes los mataron afuera de sus hogares y a bordo de sus

vehículos. Margarito se iba yendo y Lourdes iba llegando. Sin duda fueron acechados como presas en cacería. Imagino a sus asesinos espiando sus movimientos, aguardando el instante oportuno para abrir fuego. Puedo apostar que en ambos casos se trató de sicarios con experiencia. Gente que sabe matar y sobre todo gente confiada en que por estos rumbos asesinar no tiene consecuencias, pues un manto de impunidad les cobija.

3- El de Margarito fue el homicidio número 75 y el de Lourdes el número 99 en lo que va de enero tan solo en el municipio de Tijuana. El número 100 se cometió pocas horas después, la madrugada del 24 en el bar Camelia, donde una mujer de 21 años llamada Sayra (de la que nunca nadie volverá a hablar) fue baleada. Al momento en que escribo esto deben ir ya 105 asesinatos y la única certidumbre, atendiendo al fatal promedio, es que hoy van a matar a alguien en esta ciudad y mañana también. Aquí no hay día sin crimen. Alguien que en este momento está respirando pronto va a dejar de hacerlo. Alguien que ahora mismo duerme, desayuna, camina, maneja, coge o se droga, va a ser asesinado dentro de unas horas. Vivimos en una ciudad donde matan gente; una ciudad donde la vida vale poco; poquísimos. Bueno, me permito ampliar el concepto: vivimos en un país donde matan gente; un país donde la vida vale poco; poquísimos o en realidad, nada. Mucha razón tenías José Alfredo: la vida no vale nada por estos rumbos. Muerte sin fin, diría José Gorostiza. Sospecho que no es sencillo ejercer el periodismo en una ciudad y en un país como éste.

4- Esta tarde, en muchas ciudades de este país donde la vida vale tan poco, varios miles de personas marcharemos. Lo haremos porque al parecer todavía nos corre un poco de sangre en las venas y aún no tenemos anestesiada la capacidad de indignarnos. Cuando la tristeza y la rabia muerden, el único camino posible es salir a la calle. Es duro ser reportero por estos rumbos. Durante más de década y media me gané la vida ejerciendo este oficio, pateando calle en la nota diaria y conozco las malquerencias de este camino de vida. El asesinato es lo que más indigna porque la vida no es recuperable, pero hay muchas formas de ir matando lentamente al periodista. Sé bien que la primera trinchera de hostilidad y censura para un reportero suele estar en la empresa para la que trabaja (si es que aún trabaja para alguna), que sin duda le paga un sueldo de hambre a menudo sin prestaciones y que lo mandará a la guerra sin protección alguna. Al reportero le quedará claro que hay ciertos personajes intocables, que el honorable empresario que le compra publicidad a su periódico



exigirá su despido si alguna vez se atreve tocarlo. También entenderá que el poder (priista, panista o morenista) gasta millones en la autoalabanza y suele premiar al aplaudidor y linchar al que lo cuestione. No puedo tener confianza en un gobierno que se rasga las vestiduras por el asesinato de periodistas cuando cada mañana el gran predicador nacional expone, calumnia e insulta a todo aquel comunicador que se atreve a cuestionarlo o a no aplaudirlo y adorarlo. No, no caigo en la tentación de idealizar al periodismo. No, no nos cubre un aura santidad y heroísmo, pero casi siempre nos cubre una de dignidad y valentía. De acuerdo, somos (o podemos ser) unos cabronazos, pero les juro que hace falta una dosis de quijotesca locura para ser reportero en un país como éste.

## **Tijuana B.C. 26 de febrero de 2022**

Hoy quedó claro que las balas cobardes que acabaron con las vidas de Lourdes y Margarito nos hirieron en lo profundo a todos nosotros. Hoy quedó claro que el coraje y la dignidad no se amedrentan ni se acobardan. La ira es energía y te arroja a la calle. Sí, en tiempos del ágora digital tiene muchísimo más sentido y significado salir a la calle y hacerte presente en cuerpo y alma en el corazón de tu ciudad. Hay días que hacen Historia (así, con mayúsculas) y ayer fue uno de ellos. A lo largo de nuestra vida los reporteros solemos cubrir y retratar cientos de protestas ciudadanas y manifestaciones de todas las filias y colores, pero no es muy común que seamos nosotros quienes salgamos a marchar y a protestar. Mucho menos que en tantas ciudades de México haya manifestaciones simultáneas de solidaridad gremial. Eso yo no lo había visto. En esta semana trágica en que tres periodistas han sido asesinados he vuelto a ver a colegas que no veía desde hacía muchísimos años, pero también he visto a muchos jóvenes y mientras van marchando los reporteros nunca dejan de narrar e informar. Durante los años en que pateaba calle cubriendo la nota diaria nos veíamos muy a menudo, cada quien en su trájín, pero fue sui géneris verlos de pronto a todos en el mismo sitio, más de dos centenares de colegas juntos marchando hombro con hombro por Paseo de los Héroe. Muy triste el motivo del reencuentro, pero significativo poder comprobar que hay unión y solidaridad. Nuestras trincheras, filias, estilos y caminos de vida pueden ser muy distintos, pero hoy nos une el sentirnos agredidos y heridos porque la mafia asesinó a compañeros de oficio. Entre los

muchos colegas que reencontré, ayer platicué con Alberto Sarmiento y entonces recordé que yo estaba en su oficina la mañana del 22 de junio de 2004 cuando recibimos la llamada informándonos que acababan de asesinar a Francisco Ortiz Franco. Han pasado casi 18 años desde entonces, el oficio ha cambiado muchísimo y demasiados colegas han sido asesinados en diferentes partes de México. La vida muerde fuerte en estos tiempos tan rudos, pero anoche rebrotó el coraje y el orgullo de ejercer este oficio y me quedó claro que uno es reportero hasta el último día de su vida.